

que no les faltaba mas que hablar; pero el buen tendero, que se habia aficionado á su dependiente nuevo, se entristecia mucho al considerar el negro porvenir que le aguardaba, si obstinándose en despreciar el comercio por la pintura, desoía sus buenos consejos y se apartaba del camino fuera del cual, segun el señor Olavarría, no habia fortuna posible; y de esto estaba tan seguro, decia, como de que fuera de la Iglesia Católica no hay salvacion.

El muchacho era pintor por instinto, y la fuerza de su vocacion le hacia olvidar muy pronto los paternales consejos de D. Márcos, y consagrarse mas asiduamente que nunca á su tarea de retratar á cuantos concurrían á la tienda, llegando al extremo de no hacerlo ya solamente en papel, sino en el mostrador, en la *piquera*, en los libros, en los paquetes de velas, en las cajas de galletas, en todo aquello, en fin, que presentaba un blanco suficiente para que cupiese un perfil.

Muy pronto no hubo en la tienda un solo objeto que no tuviera un cróquis de Mauricio.

XXXII.

La Tertulia.

A la tienda de D. Márcos Olavarría concurrían, como es costumbre generalizada en México, algunos amigos que pasaban todas las noches dos ó tres horas sentados en el mostrador, en charla con el patron de la casa, y algunas veces comiendo galletas y avellanas, ó jugando un partido de ajedrez.

La sociedad que frecuentaba la casa de D. Márcos se componia de dos ó tres corredores y otros tantos comerciantes por mayor.

Solia agregarse á esta reunion un vejete, borracho consuetudinario, de fisonomía extravagante, y que tenia la original pretension de hacerse pasar por médico y por diputado al Congreso general.

Bebia algunas copas de aguardiente á crédito, y era de oírle, tartamudeando, tanto por naturaleza cuanto por embriaguez, contar á su modo lo que pasaba en las sesiones del Congreso. Era oposicionista furibundo, y fuerza es confesar que no obs

tante su borrachera cotidiana, que degeneraba ya en locura, se expresaba mas dignamente y con mayor mesura que algunos que tienen la mania de la oposicion en el actual Congreso.

Una noche llamó aparte á D. Márcos y con mucho misterio aunque no en voz tan baja que no le oyesen los tertulianos y los dependientes, le dijo:

- Quiero que me haga usted un gran favor.
- Diga usted, señor Diputado.
- He tomado una copa de aguardiente, que es medio.
- Sí, señor.
- Déme usted dos reales de galletas, y serán dos y medio.
- Muy bien.
- Cuatro reales en plata y tendremos seis y medio.
- ¿Qué mas?
- Una vela.
- Son siete y medio.

—Y otra copa para completar el peso. Cuando nos den las dietas le pagaré á usted.

D. Márcos y cuantos le escuchaban se echaron á reir á carcajadas.

Pero el buen español, que sabia mejor que nadie que no habia tal diputacion ni tales dietas, preferia pasar por engañado á dejar de socorrer una necesidad, y dió al viejo cuanto le pedia.

Mauricio, con una regla de madera blanca en la mano, habia visto lo que pasaba y escuchado la conversacion.

Sacó su lápiz de la cartera, y comenzó á pintar algo en la regla.

Pasado un momento, el dependiente que estaba á su lado se puso á reir extrepitosamente, y llamó á sus compañeros que vieron la regla y rieron tambien á carcajadas.

D. Márcos preguntó de qué se trataba. Le enseñaron la re-

gla, y rió á su vez como un loco; llevando el cuerpo del delito á los contertulianos.

La hilaridad se hizo general.

Mauricio habia pintado en un grupo á su patron por la parte de adentro del mostrador oyendo atentamente al Diputado, quien, por la parte de afuera ponía una cara muy interesante al hacer su peticion.

Las dos figuras hablaban, como se dice vulgarmente.

Pronto la risa dió lugar á la admiracion.

—Sabe usted D. Márcos,—dijo uno de los concurrentes—que este chico tiene una disposicion asombrosa para la pintura?

—¡Toma! pues ya lo creo. Toda la casa me ha pintorrajeado, y si ustedes vieran como tiene la pared de allá arriba!.....

—Nada nos habia usted dicho hasta ahora.

—No quiero fomentarle esa inclinacion, porque estoy seguro de que no ha de hacer letra pintando.

—Dice usted que tiene muchas cosas allá arriba?—dijo otro.

—Pero muchísimas. Allí están retratados cuantos marchantes y borrachos y cargadores y criados vienen acá; y no será difícil que hasta ustedes formen parte de su galería, como él la llama.

—Quisiera verla.

—Y yo.

—Y yo—contestaron todos los contertulianos.

—Pues sírvanse ustedes saltar el mostrador—contestó Don Márcos—y venir conmigo al tapanco.

Dos minutos despues toda la tertulia admiraba los cróquis de Mauricio.

—D. Márcos—dijo un corredor viejo y honradote á carta cabal—es un pecado imperdonable que no haga usted que este chico aprenda el dibujo.

—Es un génio—dijo otro.

—Podrá llegar á ser un Murillo ó un Velazquez—dijo un

comisionista de efectos del país que entendia tanto de pintura como de griego, pero que habia oido alguna vez esos nombres y queria darse importancia.

—Y díganme ustedes—contestó D. Márcos—ese Murillo y ese Velazquez y tantos otros pintores de fama que habrá por ahí, ¿han sido ricos?

Si el comisionista hubiera sabido que Velazquez fué rico por la proteccion de un rey, y que su discípulo Murillo, gracias á su matrimonio, logró inmensa fortuna, habria sido muy dichoso en presentar á D. Márcos los ejemplos del pintor mas grande de España y del fundador de la Academia de Sevilla, para inclinarle á dedicar á Mauricio á esa carrera; pero su erudicion no alcanzaba mas que hasta los nombres de los dos ilustres pintores, y tuvo que guardar silencio.

—Suponga usted que no sea rico—repuso el corredor—pero podrá llegar á ser grande.

—Ríase usted de la grandeza, señor Don Gerónimo; la verdadera grandeza es la que puede encerrarse en la caja.

—Si todos opinaran como usted, no habria en el mundo mas que comerciantes y usureros.

—Pero no habria tramposos ni desgraciados.

—Sériamente, Don Márcos, yo en lugar de usted mandaria á este chico á la Academia.

—Yo creo que va á perder allí el tiempo.

—¿Usted desea su bien?

—Se entiende.

—Pues pruebe usted algunos días; vale que no le hace á usted falta en el mostrador, y que sus gastos no han de ser muchos.

—Pero señor Don Gerónimo.....

—Pero señor Don Márcos, no sea usted testarudo. Lo preguntaremos al chico lo que desea.

—Es inútil.

—Estoy seguro de que con mucho gusto irá á la Academia.

—Ya lo creo.

—Figúrese usted que gloria le resultará á usted cuando este muchacho figure en primer término en la exposicion, porque entónces podrá usted decir: esta es mi obra.

—¿Y cuando se muera de hambre?

—Usted no le abandonará.

—Pero he de vivir siempre?

—Vamos, D. Márcos—dijo con tono de súplica Don Gerónimo.

Todos los concurrentes unieron sus súplicas á las del corredor, y fué decidido que Mauricio entraria á la Academia á principios del año siguiente.

Cuando el chico supo este arreglo no cabia en sí de gozo, y abrazó uno por uno á todos los contertulianos de Don Márcos que le habian conseguido tan señalado favor.